

LAS REBELIONES YAQUIS EN EL PORFIRIATO

Humberto
Moreno Romero

Cuando México se inventó a sí mismo, buscando dotarse de un rostro propio como nación, optó por rescatar su pasado indígena librándolo del oprobio en que, a juicio de historiadores criollos y liberales, lo sumergieron los tres siglos de dominación hispana. Paradójicamente, al mismo tiempo que se exhumaba lo “indio”, se luchaba por hacer desaparecer a los indios, pretendiendo escollo para acceder al progreso.

Teresa Rojas Rabiela

Introducción

Los yaquis son el ejemplo de la subversión en el régimen mexicano más amado para unos o más odiado para otros: el Porfiriato. Los indígenas del estado de Sonora se han ganado con el sudor de su frente el sobrenombre de los “eternos antiporfiristas”, ya que nunca aprobaron el estandarte del “orden y progreso” que Díaz portó en su presidencia.

Aunque los yaquis en todos sus intentos de rebeldía fueron subyugados, se caracterizaron por ser la “oveja negra” en el Porfiriato. Los conflictos que se suscitaron desde 1885 no eran otra cosa que el reflejo de una política injusta por parte del presidente que en su afán de aprovechar todos los territorios posibles para aumentar la producción agrícola, llevar el avance tecnológico como el ferrocarril y, sobre todo, para enriquecer más al hacendado, despojó de sus tierras a muchos indígenas de todo el país, no siendo la excepción los valles de Sonora, que se distinguían por ser luga-



res bondadosos y de gran bonanza respecto a los cultivos que allí se realizaban, pero sobre todo en ese estado el atractivo que sobresalía notoriamente era uno de los ríos más importantes de México: el Yaqui. Así pues, teniendo un gran abasto de agua las personas que adquirían partes de tierra por esos sitios aseguraban una buena cosecha y, por lo tanto, mucho dinero.

Desde el periodo colonial los yaquis siempre habían mostrado antipatía hacia todo tipo de ley que los hiciera renegar de sus antiguas costumbres, es por ello que en 1740, cuando estaban siendo “civilizados” por la orden de los jesuitas, se rebelaron siendo ésta la primera revuelta de los yaquis en el aún mandato de la Corona española, marcando, en gran parte, el fin de la hegemonía jesuita.¹



Grupo de yaquis.

1 Hu-Dehart, “Rebelión”, 1990, p. 137.

Posteriormente, ya en tiempos posindependentistas, los yaquis siguieron mostrando rechazo a la autoridad, sobresaliendo Juan Banderas, “líder astuto y muy inteligente,² pero ante todo carismático (característica esencial para un caudillo) que estaba suficientemente hispanizado, ya que citaba personajes como la virgen de Guadalupe, del insurgente Hidalgo, sobresaliendo también el emperador Moctezuma.³

Banderas llevó el movimiento insurgente hasta 1833, para después ser capturado y asesinado.

Pero ya propiamente en el “reinado” de don Porfirio personajes como Cajeme y Tebiate se sublevaron, provocando que la paciencia de Díaz llegara hasta el límite; por tal motivo, el resultado de dichas rebeliones fue que en el penúltimo periodo presidencial de don “Perfidio”⁴ los yaquis fueron desintegrados en todos sus aspectos, siendo deportados la gran mayoría a los campos de henequén en Yucatán para ser sometidos a una vida infrahumana a la cual en poco tiempo sucumbían. Estas revueltas que se suscitaron en esta etapa del México independiente son, sin duda alguna, las más sangrientas e injustas en la historia de los yaquis.

Así pues, los yaquis son símbolo de rebeldía e insurgencia, se levantaron en armas

2 Balbás, *Crónicas*, 1985, p. 140.

3 Hu-Dehart, “Rebelión”, 1990, p. 148.

4 Este apodo se dice que fue puesto por Protasio Tagle, ya que Porfirio en varias ocasiones no dudó en traicionar a alguien con tal de obtener lo que él deseaba. Esta cuestión puede verificarse más a fondo en Krauze, *Místico*, 1998, p. 35.

cada vez que su libertad y sus costumbres fueron acechadas, pero desgraciadamente ellos y todo el México subterráneo a lo largo de la historia han sido silenciados todos sus gritos de: “tierra y libertad” fueron callados una y otra vez por los poderosos gobernantes de la historia de México, quienes no escatimaron ningún tipo de costo o consecuencia en el afán de saciar su hambre de poder y riqueza.

Los yaquis en el Porfiriato

Propiamente en el periodo de don Porfirio hubo tres grandes rebeliones yaquis. Para 1875 surgió un defensor llamado Cajeme, quien logró mantener la unión de los pueblos y evitar que fueran desposeídos de sus tierras de 1880 a 1887; posteriormente, apenas a seis meses de su muerte, Tetabiate retoma el camino dejado por Cajeme hasta 1900 debido a que decide rendirse; y una última revuelta antes de la culminación del régimen porfirista se dio en el año de 1908.

Entorno al dirigente Cajeme se dice que fue tan eficiente y justo como Juan Banderas; lo verdadero y sobresaliente de este personaje indígena es que llevó con astucia el pueblo yaqui durante siete años, en los cuales se presentaron varios conflictos. Uno de ellos se engendró por las constantes pugnas de los poderosos del estado, debido a la adquisición de más concesiones de tierra en 1882, motivo que estimuló a los yaquis a responder con las armas el 15 de octubre en la batalla de Capetayama, cuyo resultado

fue el retiro y dispersión de las fuerzas estatales y la posterior renuncia de Ortiz (quien había sido el principal culpable de iniciar este levantamiento) como gobernador.



José María Leiva Cajeme (el incansable).



Yaquis en camino.

Un pequeño destello de victoria permeó a Cajeme y a su pueblo, es por ello que regresaron a su región, pero quizá permaneciendo en un constante estado de alerta. Las armas no fueron requeridas de 1883 a 1885, se puede decir que el pueblo yaqui respiró un poco de paz, pero no así sus vecinos los mayos, quienes estaban sufriendo un proceso de despojo de tierras; lamentablemente, aunque la utopía de Cajeme era unir a todos los pueblos para vivir en autonomía, nada pudo hacer por los mayos, todo lo contrario, surgieron apatías por parte de otros representantes indígenas y esto fue aprovechado por los enemigos, el resultado fue el intento fallido de asesinato a Cajeme (1885) por parte de su antiguo lugarteniente Loreto Molina.⁵

Las cosas tomaron un matiz más belicoso debido a este suceso, Cajeme solicitó el

castigo de Molina amenazando con tomar represalias en caso de que no sucediera, y así fue, el nuevo gobernador Luis E. Torres se negó rotundamente, y esto trajo como consecuencia el incendio de las embarcaciones mercantes que navegaban en el río, así como el ataque a propiedades cercanas a las fronteras del territorio yaqui.

La fuerza militar no se hizo esperar y lanzó una fuerte campaña militar en contra de Cajeme, desarrollándose enfrentamientos en el cerro llamado El Añil y en el camino a Tórim,⁶ donde las fuerzas federales fueron replegadas.

Como en toda guerra, el desgaste comenzaba a ser factor importante, aparte las diferencias entre los dirigentes indígenas para 1886 se iban agudizando, menguando el liderato de Cajeme. Pero los momentos más intensos de la guerra estaban por venir, ya

5 Hernández Silva, *Historia*, 1996, p. 118.

6 *Ibidem*, p. 119.

que durante los primeros cinco meses de ese año se verificaron más de 100 combates,⁷ obligando a Cajeme retirarse a la sierra de Bacatete, donde la situación se volvió insostenible, lo que provocó que muchos indígenas depusieran las armas, menos este personaje y unos cuantos más que siguieron aplicando la guerra de guerrillas.

Sin embargo, los pocos que continuaban en pie de lucha no soportaron los estragos, Cajeme no tuvo otra opción que pedir una paz igualitaria, que no denigrara a su pueblo y, sobre todo, que respetaran su autonomía, pero todo fue en vano, el gobierno nunca aceptó estos términos, por lo cual el yaqui insurrecto tampoco acató los suyos, pero el hambre y otros factores sí hicieron sucumbir a sus seguidores quienes no tuvieron más salida que rendirse; la rebelión de Cajeme, que había encabezado cerca de 10 años, llegó a su fin, pero una vez más los yaquis perdían una batalla, pero no la guerra (por lo menos en ese momento).

En 1887 el sublevado decidió ocultarse, pero al parecer no lo hizo lo suficientemente bien y fue capturado el 12 de abril de ese año, siendo asesinado camino a su celda en Cócorit, aplicándole la famosa “ley fuga”.

El paisaje no era nada alentador para las tribus yaquis, ya que sus territorios seguían siendo “colonizados” descaradamente gracias a la ley de deslindes y territorios baldíos; muerto Cajeme, el gobierno sonoren-

se y Porfirio pensaron que el conflicto por fin había terminado, muestra de ello es que retiraron las tropas militares de la zona de guerra, pero nunca imaginaron que Tetabiate llegara a tomar el mando dos días después de la salida de las tropas federales del pueblo de Cócorit.⁸ Juan Maldonado, mejor conocido como Tetabiate, iniciaba de nuevo la contienda.

Combatió los ejércitos recurriendo a la guerra de guerrillas, pero esta vez de manera más inteligente que su predecesor, pues se ocultó en la Sierra de Bacatete donde evitaba la concentración de efectivos y dificultaba las maniobras del enemigo, básicamente huía “constantemente de las tropas federales evitando sus ataques, disparar sobre ellas ocultos en los bosques y matorrales, asesinar traicionadamente a los soldados durante el sueño y caer por sorpresa sobre las pequeñas partidas”.⁹

A esto hay que sumarle el apoyo de los yaquis que estaban laborando en las haciendas y rancherías, quienes abastecían de alimentos a los insurrectos; ante esto, a los hacendados no les quedó de otra que seguir contratando mano de obra rebelde.

Pronto esta situación se convirtió en un verdadero dolor de cabeza para las autoridades, porque no sabían con precisión quiénes eran los que andaban metidos en el movimiento, por consiguiente trataron de imponer un sistema de pasaportes,¹⁰ pero fue

7 *Idem.*

8 Balbás, *Crónicas*, 1985, p. 205.

9 *Idem.*

10 Hernández Silva, *Historia*, 1996, p. 127.



insuficiente. Gracias a esto Tetabiate logró mantenerse en pie de lucha alrededor de 14 años, hasta principios del siglo xx.

Para 1896 el gobernador Luis E. Torres mostró señas de negociación para concluir de manera pacífica la guerra, impulso por el cual Tetabiate, quizá ya cansado también de tanto estar en constante lucha, accedió. Para 1897 la paz por fin se había firmado, pero no se sabe bajo qué términos, pues simplemente Tetabiate fue reconocido como capitán general de los yaquis; pero por parte del gobierno parece que las intenciones eran otras (es lógico, don Porfirio nunca perdía), pues no retiró las tropas. Aunado a esto, el constante proceso de colonización de todo el valle yaqui que no se detuvo originó un nuevo levantamiento. Ahora se pedía que las fuerzas militares desalojaran la región junto con los colonos que no respetaban la libertad de las tierras yaquis.

Tetabiate encabezó el movimiento no así su antiguo lugarteniente Loreto Villa, quien se enfiló con el enemigo. Juan Maldonado no tuvo más remedio que volver a resguardarse en la sierra donde los enfrentamientos continuaron hasta el 10 de julio de 1901, cuando Tetabiate fue asesinado precisamente por Loreto en un combate verificado en el cerro de Mazocoba.¹¹

La muerte de este caudillo no detuvo la resistencia, pues todavía hubo levantamientos pero ya con una fuerza muy ende-

ble, como el de 1908 en donde el resultado fue el rendimiento de 166 insurrectos y tres capitanes.¹² Estas personas capturadas fueron deportadas a los campos de henequén en Yucatán, ya que desde 1900 la paciencia de Díaz se había terminado y, por consiguiente, optó por exterminar, en toda la extensión de la palabra, a los yaquis; ahora se trataba de desaparecerlos del mapa de la República mexicana, pero no sin antes sacar ganancia alguna.

Desenlace: el éxodo obligatorio hacia el exterminio

En los últimos dos periodos de don Porfirio (1900-1910) se escribió en la historia un hecho que, quizá, debido a su enorme magnitud de infamia, terminó por adjudicarle la fama total a Díaz de tirano y dictador, esto fue la deportación y exterminación de los yaquis de Sonora junto con mayos, ópatas y otras grupos étnicos del norte del país. Porfirio decidió de una vez por todas sofocar todo brote de rebelión yaqui y para esto hizo gala de mano dura. El resultado fue que muchos indígenas fueron condenados a vivir en la explotación y en la inopia más injusta de todo el régimen porfirista.

Este sucio capítulo de la política porfirista comenzó cuando en la última batalla de Tetabiate, en Mazocoba en 1900, el ejército del caudillo ya estaba atrincherado, desde ese momento todos los capturados, sin im-

11. *Ibidem*, p. 131.

12. Iturrabarria, *Porfirio*, 1967, p. 140.

portar que fuesen mujeres o niños, fueron deportados a los campos de henequén de Yucatán o a los tabacaleros de Oaxaca; es en esos lugares donde la vida del yaqui conoce el verdadero sufrimiento, pero, sobre todo, el lucrativo negocio de la exportación del indio yaqui.

Los hacendados de Yucatán rápidamente se satisficieron de mano de obra barata (por no decir miserable); según Turner,¹³ en su escrito *México Bárbaro*, existían 8,000 yaquis en aquellas zonas, si bien unos la consideran algo exagerada, otros comentan que no está fuera de la realidad dicha cifra. Cabe señalar que el tráfico de yaquis dejaba jugosas ganancias, pues era un negocio redondo para el vendedor y el gobierno, el primero ganaba por persona alrededor de 400 pesos y el segundo 65 pesos.¹⁴

Turner, gracias a que viajó a los campos de henequén haciéndose pasar por un hacendado en busca de nuevas tierras para adquirir las, pudo percatarse de la clase de vida que llevaban los indígenas:

...los esclavos [yaquis y demás] se levantan cuando la gran campana del patio suena a las 3:45 de la mañana y su trabajo empieza tan pronto como puedan llegar a la labor. El trabajo en los campos termina cuando ya no

se puede ver por la oscuridad y en el “casco” prosigue a veces durante muchas horas de la noche.¹⁵

Con respecto a la alimentación, dice Turner que “...la comida consistía en dos tortillas de maíz, que es el pan de los pobres de México; una taza de frijoles cocidos, sin condimento, y un plato de pescado rancio que despedía tan gran hedor que durante varios días persistió en mi olfato”.¹⁶

Como se puede apreciar, la descripción de Turner no es nada alentadora, los indígenas ya sean yaquis o de otra etnia sobrevivían en una esclavitud que Díaz disfrazó de trabajo “normal” para poder ocultar las bajezas de sus allegados.

Tanto hombres como mujeres fueron castigados con jornadas de trabajo excesivas y con una alimentación pésima y degradante.

Los comentarios de Turner hicieron que la voz se alzase por parte de los integrantes del gobierno de Díaz, quienes lo imputaban de calumniador y de impostor, incluso salieron publicaciones en contra del escrito de Turner; por ejemplo, el que vino por parte de Joaquín Peón, quien sostenía que Turner, debido a su breve estancia en aquellas tierras, no se dio cuenta que los “trabajadores disfrutaban de buenas habitaciones, contaban con animales domésticos, tierras de sembradura y servicios médicos”.¹⁷

13 John Kenneth Turner fue un norteamericano afiliado desde muy joven al partido socialista de los Estados Unidos; llegó a México en 1908, posteriormente se haría amigo de los hermanos Flores Magón, junto con ellos escribió varios artículos sobresaliendo el panfleto de *México Bárbaro*.

14 Iturríbarria, *Porfirio*, 1967, p. 142.

15 Kenneth Turner, *México*, 1990, p. 15.

16 *Ibidem*, p. 19.

17 Iturríbarria, *Porfirio*, 1967, p. 145.

Cualquiera que creyera estas afirmaciones tan absurdas y pueriles tendría que ser muy ingenuo, si bien el Porfiriato había traído un gran avance en varios aspectos, nunca se caracterizó por tratar justamente la mano obrera. Peón quién sabe de dónde sacaría tan semejante falacia.

En una publicación totalmente descarada hecha por los hacendados yucatecos, reproducida en *El Imparcial de México*, hizo notar que Turner no estaba tan equivocado, ya que en su afán de defender su “feudalismo” aceptaron los hechos indirectamente diciendo que “si tanto le interesaba escribir sobre la esclavitud, no había necesidad de salir de los EUA [...] podríamos también escribir nosotros una de Estados Unidos bárbaros, que empalidecieran las páginas de Turner”.¹⁸ Así o más obvio, los hacendados en lugar de dar una buena cara, prácticamente le dijeron al norteamericano “no te metas en lo que no te importa”, así como EUA tenía esclavos, México tenía los suyos.

La deportación de los yaquis no fue más que la derrota total de todas sus luchas que habían llevado tanto en contra del Porfiriato como en los años anteriores. Cuando empezaron a ser confinados, y en los años que van de 1900 a 1910, los yaquis ya habían sido despojados de la mayor parte de su territorio y su dignidad como seres humanos había desaparecido, y don Porfirio exterminó a la gran mayoría de los indígenas y ex-

propió casi todas sus tierras a empresarios extranjeros o locales; los pocos yaquis que sobrevivieron a la sangrienta política de deportación y exterminio lograron preservar los rasgos más distintivos de su cultura, la cual fue pisoteada sin piedad alguna. Con la llegada de la Revolución los yaquis vieron la esperanza de recuperar lo perdido, pero todo fue en vano, pues cuando triunfaron los revolucionarios se olvidaron de los yaquis y continuaron con la explotación del valle de Sonora, pero ahora bajo el manto de la “Revolución”. En lo que respecta a la suerte de los deportados en Yucatán, con la llegada de las fuerzas constitucionalistas, los yaquis del sureste recuperaron su condición de ciudadanos. Una gran cantidad decidió salir de la península hacia Veracruz y la Ciudad de México, en donde se enrolaron en los ejércitos revolucionarios; con el tiempo parte de éstos lograron regresar a Sonora.¹⁹

Conclusiones

Como se pudo apreciar en este breve texto, los yaquis siempre se mantuvieron en pie de lucha. En todo este proceso de subversión surgieron hombres cabales que trataron de llevar en sus espaldas los gritos de justicia, tierra y libertad: Cajeme, y su utopía (para algunos), que fue para unos tan justo como Banderas y, por último, Tetabiate, quien sucumbió la lucha y fue testigo brevemente de

18. *Ibidem*, p. 144.

19. Hernández Silva, *Historia*, 1996, p. 145.

la deportación y exterminación de sus hermanos indígenas en el sur de México.

El resultado de la rebelión de los yaquis no fue más que el reflejo de una política dura que no toleró la presión de una población que sólo demandaba el respeto hacia lo que ancestralmente les pertenecía; los antecesores de Díaz y él mismo nunca entendieron eso, ya que su única preocupación era hacer en el país una economía fuerte, claro, que sólo beneficiara a unos cuantos, clásico en la política mexicana.

Cabe señalar que mientras Porfirio Díaz quería resaltar la cultura prehispánica, en la cual, obvio, los personajes fueran indígenas, en la realidad eran los acribillaba sin piedad alguna: los buenos eran sus antepasados, los actuales sólo servían para mano de obra, para ser tratados como bestias de carga.

En la actualidad esta discriminación sigue latente, no por nada se han presentado movimientos armados en el sur de la República, en ese “México olvidado”; grupos de indígenas que han corrido con la misma suerte que los yaquis, siendo reprimidos brutalmente por el gobierno.

Se puede decir que los yaquis proclamaron con anterioridad lo que Zapata peleaba en la Revolución, que no era más que “tierra y libertad”, pero desgraciadamente siempre fueron silenciados y aniquilados por el “buen” personaje de Porfirio y su séquito.

Referencias

- Balbás, Manuel, *Crónicas de la guerra del yaqui*, Gobierno del Estado de Sonora, México, 1985.
- Hernández Silva, Héctor Cuauhtémoc, *Historia de los pueblos indígenas de México. Insurgencia y autonomía. Historia de los yaquis: 1821-1910*, CIESAS, México, 1996.
- Hu-Dehart, Evelyn, “Rebelión campesina en el noroeste: los indios Yaquis de Sonora: 1740-1976”, en Friedrich Katz (compilador), *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, Tomo II, Ediciones Era, México, 1990.
- Iturrubarría, Jorge Fernando, *Porfirio Díaz ante la historia*, Unión Gráfica, México, 1967.
- Katz, Friedrich (compilador), *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, Tomo II, Ediciones Era, México, 1990.
- Kenneth Turner, John, *México Bárbaro*, Editorial Porrúa, México, 2009.
- Krauze, Enrique, *Biografía del poder, 1: Porfirio Díaz, Místico de la autoridad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.